

REFORMAS EN EL SISTEMA, CAMBIO EN LAS PERSONAS

Por Fernando Gómez-Bezares
Deusto Business School (Universidad de Deusto)

La larga crisis que llevamos padeciendo desde 2007 ha llevado a muchos a pensar, con toda lógica, que nuestro sistema económico, y en particular el financiero, deben cambiar radicalmente. Algunos creen que el camino es una Banca Pública fuerte que se gestione honesta y eficientemente, y que proporcione el crédito que empresas y particulares necesitan; también piensan que la regulación financiera debe ser mucho más estricta o que el Estado debe controlar o incluso poseer amplios sectores de la economía. Los que así razonan deberían recordar cómo han acabado en distintos países del mundo este tipo de políticas en los últimos treinta años, o la cercana experiencia española de despilfarro en las administraciones públicas junto al mal recuerdo de la intervención política en las Cajas de Ahorros. Pero los que lo tienen más difícil todavía son los que confían en que los mercados resuelvan los problemas, como el reciente premio Nobel de economía de 2013, Eugene Fama. En una crisis de la magnitud de la que estamos viviendo, con los costes que una gran parte de la población está soportando, no parece lógico no querer cambiar algunas cosas.

Sin embargo soy de los que piensan que carecemos en este momento de un modelo económico-financiero alternativo medianamente fiable. Tenemos que trabajar en reformar lo que tenemos, probablemente sin cambios espectaculares a corto y medio plazo. Pero ¿qué deberemos reformar? y ¿en qué sentido? Yo creo, como cree Eugene Fama, que el mercado es un buen instrumento para la asignación de recursos, pero para que funcione correctamente debe tener buena información y debe haber competencia, y todo esto hay que regularlo, como también hay que regular sistemas de redistribución de la renta. Además, en un mundo globalizado, hay que conseguir regulaciones globales, para evitar que los más “listos” trasladen su actividad a paraísos regulatorios y fiscales. Creo que la crisis que padecemos tiene mucho que ver con fallos en la regulación: legislación deficiente, supervisión ineficiente y, sin duda, competencia entre países, pues muchos se trasladan allí donde más fácil se lo ponen.

Pero no basta con una correcta regulación a nivel nacional e internacional, aunque esto sería un logro muy importante, necesitamos también que los ciudadanos actúen éticamente: desde los que diseñan y aplican la regulación, hasta el último agente privado o público. Veamos un símil judicial: la ley puede ser perfecta, pero deberá ser bien aplicada por los jueces, y aunque los jueces sean magníficos no darán abasto si muchísima gente la incumple, como tampoco funcionarán las cosas si todo el mundo busca recovecos para saltarse el espíritu de la ley. Hay que hacer buenas regulaciones, pero también hay que convencer a la población de que tales

regulaciones son buenas, y de que hay que actuar bien más allá de la regulación. En este momento muchos ciudadanos son escépticos ante el mal ejemplo que han recibido, pero tenemos que esforzarnos en depurar responsabilidades y, sobre todo, en crear un ambiente social en el que la avaricia, la mentira o la envidia sean rechazadas por la población, tanto en lo público como en lo privado, a la vez que la generosidad, la sinceridad o el amor son virtudes generalmente practicadas.